

## ¿Por qué no leen los que no leen?

Luis Felipe Lomelí



En México nadie lee. No hace falta repetir las tristes cifras sobre el número de libros *per cápita* que se leen al año en este país y, después, seguir el juego masoquista de compararnos con otros países y decir que estamos mal, muy mal, que se requiere muchísimo más dinero para promocionar la lectura y la escritura. No. Más bien –y sin soslayar lo referente a la designación estatal de recursos para la creación de escuelas, bibliotecas y campañas de promoción de lectura– este texto pretende abordar una serie de aspectos sociales y decisiones individuales que llevan a responder negativamente a las cuestiones: leer, ¿es importante?, ¿para qué sirve?

Si uno platica con cualquier persona en este país, desde trailers y secretarias hasta ingenieros y empresarios, tal vez se sorprenda al encontrar que todos, o casi todos, dirán que la lectura es buena, buenísima, que leer incremen-

ta nuestra cultura y nos hace mejores personas. Asimismo, también se puede sorprender al enterarse de que se tiene muy clara la diferencia entre leer y leer –dicho esto último con tono soberbio de profesor con lentes y caspa–: el trailer sabe que no es lo mismo leer el *Sensacional* que leer “un libro”, la secretaria sabe que no es lo mismo leer una revista de chismes que leer “un libro”, el ingeniero sabe... etcétera. En resumen, a la mayor parte de la población ya le queda claro que 1) leer es bueno y 2) tiene una noción diferencial entre “lo que sí es bueno leer” y lo que es, por decirlo de algún modo, “una lectura de segunda categoría”.

Y sin embargo, a pesar de tener lo anterior tan claro, en México nadie lee. Entonces, ¿qué es lo que falla? ¿por qué los individuos deciden no hacer algo que ya saben que es bueno para ellos?

Partamos de los supuestos de que lo que es bueno es conveniente y de que los individuos deciden a conveniencia (lo contrario, pensar que los mexicanos somos autodestructivos porque decidimos lo que no nos conviene, no sólo es pesimista sino que imposibilita cualquier análisis posterior). Entonces, lo que hay que preguntarse es dónde radica lo “bueno” o lo “conveniente” de la lectura y también considerar que la respuesta de “leer es bueno” por parte de las personas tal vez sea algo prefabricado en lugar de algo interiorizado, es decir, es una respuesta que se dice porque *es lo que se tiene que decir*.

Ahora bien, dado que afirmar que “en México nadie lee” es una exageración, antes de abordar la cuestión de ¿por qué no leen los que no leen?, es necesario hablar de esas minorías que sí leen en nuestro país.

### ¿Por qué leen los que sí leen?

En México existen ciertas minorías lectoras bien identificadas por editores, distribuidores y libreros. Descontando las revistas y novelas gráficas, pero no los libros técnicos ni de superación, estas minorías serían: la clase alta, los estudiantes, los “raros” o eruditos de cualquier edad y estrato social, un subgrupo reducidísimo de hombres científicos, ingenieros, comerciantes y empresarios, los niños de clase media-media en adelante y las mujeres del mismo estrato en adelante. Al margen quedarían las minorías más específicas como, entre otras, los grupos religiosos donde la lectura se restringe a lo que está avalado por su credo.

Entre la clase alta, aunque no sean eruditos, la lectura es indispensable porque forma parte de la vida social, de los cocteles y las fiestas donde la “cultura” da clase y estatus social. Ahí donde, por contraparte, no saber quién fue Van Gogh o quién es García Márquez va en detrimento de la persona. En mexicano simple: “ignorar” lo convierte a uno en “naco” y lo excluye del círculo social. De modo que hay un aliciente a la lectura aparte de la lectura misma: la pertenencia al grupo.

Por su parte, la generalidad de los estudiantes lee. Pero lee sólo lo que le es obligatorio por la

institución educativa misma. Es decir, el aliciente a la lectura rara vez va más allá del que impulsa la coerción de los sistemas de enseñanza: si no lees, te repruebo. Esto, por descontado, es un fracaso estrepitoso de la enseñanza en México, por lo que se retomará más adelante.

Los “raros” o eruditos son aquellos para los cuales la lectura es un placer y/o una especie de obligación ética o laboral. Este grupo siempre es minoritario en cualquier cultura y en cualquier tiempo. Es gente que lee por leer –o porque escribe o porque es académico, por ejemplo– y sería impensable cualquier política o campaña que intentara convertir al grueso de la población en eruditos (además de desastroso para la economía). Por tanto, queda descontado. No obstante, por lo mismo, una campaña que incentive hacia “un país de escritores” sería mucho más eficaz en promover la lectura que una campaña hacia “un país de lectores”: puesto que aquel que busque escribir para expresar sus ideas, también buscará leer. Esto es, una campaña que no busque la formación de eruditos en masa, sino una campaña que incentive a los individuos a expresar y publicar sus ideas independientemente de su gremio y estrato.

El subgrupo de hombres adultos –científicos, ingenieros, empresarios, comerciantes...– es variopinto y, tal vez, será tan reducido como el de los “raros” en nuestro país. Estos hombres, si bien algunos leen literatura, tienen preferencias de lectura más cercanas a la *Mecánica popular* y a los libros de superación que a la poesía de Sor Juana. Algunos leen libros técnicos sobre cómo hacer una instalación eléctrica o cómo incrementar las ventas de la empresa, mientras que otros leen biografías de generales o libros de filosofía –incluida la superación personal y el *New Age*– o libros de historia (sobre todo historia bélica). En algunos el aliciente a la lectura es su propia actividad laboral pero, a diferencia de los estudiantes, es por decisión y no por coerción. En otros, el aliciente puede ser la pertenencia a un grupo, como en el caso de la clase alta. Pero en otros más es simplemente el placer de conocer y de leer –asunto que los acerca a los “raros” y eruditos aunque sus lec-

turas sean diametralmente diferentes. Por qué, éstos últimos, no extienden sus lecturas a la poesía, por ejemplo, es tema que se retomará más adelante.

Por último están los niños y las mujeres de clase media-media en adelante. Este es el grupo de ventas principal de las editoriales no-técnicas y allí es a donde se destina la mayor parte de la distribución de novelas y literatura que no va a parar a las escuelas. Los niños leen cuando los padres, que saben que “leer es bueno”, les compran libros. Y, en general, los niños disfrutaban los libros hasta antes de la adolescencia –caso especial serían los libros como *Harry Potter*–. Las mujeres de clase media-media en adelante, es decir, aquellas que pueden darse el lujo de no trabajar de sol a sol y que, tal vez, incluso hasta cuentan con sirvienta, también leen. Leen novelas principalmente y libros de superación. Las comentan en los cafés o entre las compañeras del trabajo. Sufren con las novelas como con las telenovelas. Las disfrutaban. Imaginan. Y, muy importante, no se sienten mal por “perder el tiempo” leyendo historias de amor.

Las anteriores son, por supuesto, generalizaciones burdas, pero sirven para ir delimitando el fenómeno y empezar a ver que, descontando a la clase alta y a los “raros”, hay una pérdida progresiva de lectores masculinos en nuestro país. ¿Por qué?

## Leer es de maricas

Tome usted a cualesquiera tres grandes escritores que sean vistos en la enseñanza primaria y secundaria mexicana. ¿Le parecen a usted un portento de virilidad? ¿Tuvieron vidas que pueden parecerles atractivas a los muchachos? ¿Cuántos adolescentes dirían que quieren ser como ellos de grandes (en lugar de elegir, por ejemplo, a Pancho Villa o a Zapata)?

Ahora bien, tome usted un grupo de textos al azar que sean material de lectura en la enseñanza secundaria en México. Descontando esas extraños colegios donde algún más extraño maestro da a leer algo de algún escritor de *La Onda* o similares, ¿le parece a usted que

en los textos se pueden sentir *orgullosamente* identificados los adolescentes?

La respuesta a estas preguntas es, por supuesto, negativa (y no es de sorprender que el número de muchachos que quiera ser de grande como Manuel Acuña u Octavio Paz, en lugar de cómo Zapata o Villa, es un poco menor al del número de “raros”). Este es el primer problema de la enseñanza y promoción de la lectura en México.

Vivimos en un mundo machista y México no es el campeón del feminismo. No es algo deseable, pero es un hecho y hay que trabajar con el mundo que existe –no con el que nos gustaría que existiera–. Así, cuando la abrumadora mayoría de los escritores que se enseñan en la educación básica tienen vidas aburridas que son exactamente lo opuesto a lo que busca un adolescente y, para peor, son exactamente lo opuesto de lo que se espera que sea “un hombre” en nuestro mundo, ¿qué estudiante se va a sentir identificado?

Tome usted el ejemplo contrario: Estados Unidos. Mientras la enseñanza puritana de la lectura privilegiaba a escritores aburridos con vidas delicadas, el fracaso era tan estrepitoso como en México –en especial entre las clases bajas–. Sin embargo, cuando decidieron dar espacio o privilegiar las vidas de autores que de ningún modo son ejemplos de moralidad, como Hemingway, Poe, Faulkner o Salinger, los adolescentes no sólo se sintieron identificados con los textos sino que también anhelaron la vida de los autores: cazar un león como Hemingway, pilotear aviones como Faulkner. Autores machos, machistas, sí; pero también vidas excitantes que llaman la atención de los adolescentes ávidos de aventuras.

Cambie usted el cuello ridículo de Miguel de Cervantes y póngalo como el soldado que fue en Lepanto. Deje de regodearse en sus desventuras cortesanas y narre su cautiverio entre los musulmanes como prisionero de guerra. Entonces verá cómo entre los adolescentes Cervantes comenzará a despertar interés y no bostezos.

Eso.

Deje de repetir *ad nauseam* que la literatura son historias de amor (*Nocturno a Rosario*, por ejemplo) o soliloquios eruditos (*Piedra de sol*, por ejemplo) y cuente que la literatura trata de la condición humana, de cómo un hombre tiene que matar a otro hombre en contra de su voluntad, por ejemplo, y entonces verá cómo los adolescentes, incluso los que nunca ponen atención en clase, lo escuchan interesados.

Azuce el morbo y tendrá lectores. No se trata de incentivar el morbo sino de azuzarlo, pues la literatura no es mórbida sino que trata de aquello que preocupa a todo ser humano: el bien y el mal. Para las moralejas siempre estará el texto mismo. Es decir, no se trata de incul-

Así, un joven que desde temprano sabe que en la literatura puede encontrar respuestas y que, además, el hecho de leer no lo estigmatiza negativamente en su grupo social, posteriormente seguirá leyendo. Cambiará sus lecturas de acuerdo a su edad, sus intereses y preocupaciones y, por supuesto, dejará de leer sólo a los autores machistas o los libros que despierten su morbo adolescente. Por tanto, este grupo variopinto de hombres adultos que leen no sólo se verá ampliado sino que también se ampliará el panorama de sus lecturas.

Por partes.

### ¿Por qué no leen los que no leen?

Porque, aunque todos dicen que es bueno

*Una campaña que incentive hacia “un país de escritores” sería mucho más eficaz en promover la lectura que una campaña hacia “un país de lectores”: puesto que aquel que busque escribir para expresar sus ideas, también buscará leer.*

car el machismo y la morbosidad, sino de que los adolescentes *sepan* –y, ahora sí, lo sepan de cierto y no como respuesta que “hay que decir”– que en la literatura pueden encontrarse a sí mismos y encontrar respuestas a las cuestiones que les preocupan –como la locura, el crimen, el desencanto ante la vida, el sexo, las drogas, la vida y la muerte, las pasiones–, que los adolescentes puedan caminar por el patio de su escuela con un libro bajo el brazo sin el temor de ser rechazados por “raros”.

Y si además los textos y los autores hablan de un mundo similar al que viven, no sólo respecto al mal y al *ser macho*, sino a la tecnología: mejor. Es decir, en general, un adolescente se sentirá más identificado leyendo algo que transcurre en algún momento durante los últimos cincuenta años, que leyendo algo que sucedió hace trescientos.

leer, parece inútil. Ya se mencionó que una de las razones de por qué dejan de leer los varones en México es la falta de identificación tanto con los autores como con los textos. Lo cual, trae a consecuencia el problema de que leer literatura estigmatiza al adolescente masculino y lo separa de su grupo social. En resumen y en mexicano: se le tacha de hacer cosas de “niñas”, porque “es a las niñas a las que les gustan las historias de amor”. Entonces, si bien la cuestión de género se diluye con la edad y ya no importa tanto que a alguien le digan que hace “cosas de niñas”, la idea de hacer “cosas de niñas” queda en la categoría de lo inútil, de la pérdida de tiempo. Es decir, si la literatura trata de historias de amor, es cosa de niñas, pero “yo soy hombre y ¿para qué voy a perder el tiempo leyendo esas cosas?” Entonces, en todo caso y si sí me gusta la lectura y creo que es una fuente de conocimientos, mejor leo cosas que sí importen, que

sí sean de hombres, tales como biografías de políticos, militares, científicos, hombres de negocios, libros de historia, libros de superación o libros técnicos. Leo cosas que sí sirven, que sí son buenas para mí y que sí me convienen.

Esta es la idea que hay que cambiar. Dos asuntos que van relacionados: el estigma y la utilidad de la lectura. Dicho en palabras claras –y hay que decirlo así porque los discursos políticamente correctos más bien confunden–, hay que quitar el estigma de que leer es cosa de niñas, de maricas. No me refiero, por supuesto, a la literatura gay, puesto que muchos de sus autores, como Luis Zapata, Joaquín Hurtado o Luis Martín Ulloa, tienen textos mucho más rudos que buena parte de los autores heterosexuales. Sino al hecho de considerar a la literatura como algo delicado, cosa que, en nuestro país se traduce en “afeminado”: el sonsonete de que la literatura habla de florecitas, enamorados, asuntos sesudos y esa cosa llamada “la belleza del lenguaje”. Temas que, por descontado, son objeto del ridículo entre los machos mexicanos. Tome por caso el contrario: buena parte de los trailereros, veladores, policías y demás machos machotes de nuestro país leen sin vergüenza *El libro vaquero* y similares, ninguno de ellos se siente apenado si su compadre lo descubre leyendo eso; en cambio, imagine la escena cuando el compadre descubre a su ídem leyendo poesía.

Ahora bien, valga repetirlo, si se muestra en la enseñanza básica que leer literatura es igual de macho que leer *El libro vaquero* o el *Sensacional de trailereros*, el asunto, por supuesto, cambiaría. Más aún si también se muestra que en la literatura los personajes son aún más rudos y les pasan cosas mucho más duras que en los pasquines, que el dilema moral y el erotismo se dan con mucho mayor intensidad, por ejemplo: en la literatura de la Revolución o en *La mara* de Ramírez Heredia y muchísimos más que van desde Kipling y Conrad hasta la literatura “norteña” mexicana de Élmer Mendoza, Daniel Sada, Eduardo Parra y un largo etcétera. Por supuesto, como se mencionó anteriormente, una vez quitado el estigma, los lectores se irán moviendo por sus propios intereses y pueden pasar a leer poesía sin pena. Volviendo

a la escena anterior del compadre trailerero: “¡ire, compa, aquí el Neruda habla de la Revolución y dice que el Zapata era una ‘tormenta agraria’, ¿a poco no está con ganas?”.

Quitando el estigma también se muestra la utilidad o conveniencia de la literatura para el individuo, más allá de los libros técnicos o de historia. Tome por caso el grupo de mexicanos que migran a los EE.UU. Resulta que, los que aquí no leían, allá sí leen. Tal vez por imitación, por aprender el idioma o por que allá no está estigmatizado el lector. Todos ellos luego descubren que leer es útil y no nada más de dientes para fuera, porque se dan cuenta de que leer les ayuda en su vida diaria. Este es otro asunto importante y con mayor fondo que el anterior. En nuestro país subyace la idea de que el que nace para maceta no pasa del corredor. Idea, por supuesto, alimentada por hartas crisis económicas y una carencia sistemática de un aparato político que procure tanto la defensa de los derechos del individuo así como el empoderamiento de éste para poder mejorar su nivel de vida. Sin embargo, en los últimos diez años esto ha ido cambiando y los mexicanos, poco a poco y con diferencias según la región del país, nos hemos ido dado cuenta de que gracias al trabajo uno puede tener mejor nivel de vida y ascender en la escalera social. Así, apuntar que la lectura también da ideas y por tanto sirve para hacer mejores negocios y encontrar oportunidades de desarrollo –sí, la literatura también sirve para eso pues al explorar la condición humana el lector se vuelve más hábil para encontrar carencias, ventajas y nichos de mercado–, los mexicanos nos podríamos dar cuenta de que la literatura es verdaderamente útil. Es decir, que la cultura no es sólo algo bonito que nos hace “mejores personas” sino que, en la práctica, puede mejorar nuestras condiciones de vida.

Mientras no se promueva lo anterior, la lectura en México seguirá pareciendo inútil, contraproducente –puesto que genera problemas en el grupo social– y, por tanto, los lectores siempre serán minoritarios. Quitarnos el moralismo –de izquierda o derecha– y enseñar que la literatura habla de la vida con todos sus horrores y maravillas es el primer paso. **B**